

EL EUROPEISMO-PROGRESISMO FLUCTUANTE DE LOS ESCRITORES DEL NOVENTA Y OCHO ENTRE EL "DESASTRE" Y LA GRAN GUERRA (1898-1914)

MANUEL SÁNCHEZ MANTERO

El año 1898 ha quedado inscrito en nuestra historia, entre otras razones, por la contemporaneidad con el "Desastre" de un grupo de intelectuales a quienes preocupó la situación de su patria.

Efectivamente, esos hombres a los que, desde 1912, a propuesta de uno de ellos: *Azorín*, se ha venido conociendo por la denominación de *Generación del Noventa y Ocho*, etiqueta que ya hoy no está de moda, comenzaron, por esa fecha, a manifestar su disgusto y a denunciar los males que veían. Además, intentaron investigar las causas y, a veces, aventuraron remedios para que cambiase el rumbo nacional.

En este aspecto, fueron algo "regeneracionistas". La influencia que tuvo en ellos el pensamiento de Costa ha sido puesta de relieve por Pérez de la Dehesa (1) y ellos aluden al aragonés con frecuencia, a veces con admiración. No cabe duda de que, al principio, se sintieron arrastrados por el ambiente regenerador, particularmente, como señala Abellán, Unamuno, Maeztu, *Azorín*

(1) PEREZ DE LA DEHESA, Rafael: *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*. Madrid, 1966.

y Baroja (2); pero, poco a poco, se fueron desligando de esa corriente y comenzaron a marcarse un camino propio. A partir de entonces, si bien es cierto que regeneracionistas y noventayochistas están unidos en la misma protesta, divergen en el sentido que le imprimen. La protesta noventeyochista fue, más bien y sólo, filosófica y estética.

Europa fue uno de los mitos presentes en los proyectos de soluciones que se proponían en aquella España maltrecha que había salido del "Desastre". Algunos creían en un europeísmo a ultranza, olvidado de ataduras nacionales del pasado y del presente; otros, en reducido número, preconizaban, en cambio, un estricto ceñirse a lo tradicional. Los escritores del noventa y ocho también miran a Europa. El mito de la "europeización" está presente en un buen número de sus escritos, pero casi nunca se dejan arrastrar por él. Resulta curioso observar sus vacilaciones, sus virajes, incluso. Unas veces se sienten europeos y con la misión de europeizar a España, otras, abominan de la "europeización" y quieren apartar a sus paisanos de influencias del continente que estiman hasta peligrosas. Pero no siempre coinciden en sus posturas.

Hay que aclarar, además, que Europa es cosa diversa para cada uno, y cada uno discrepa consigo mismo porque no piensa igual en unos años y en otros. Europa puede ser la ciencia, el pensamiento, más frecuentemente, el progreso material; y Europa es Francia, Inglaterra o Alemania, con mayor frecuencia, nada real; es decir, un verdadero mito.

Pretendo analizar en esta páginas las indecisiones y los cambios que se operan, respecto a los mitos de Europa y el progreso, en el pensamiento de los cinco escritores del grupo del noventa y ocho que a mi juicio reflejan mejor en sus escritos las características que tradicionalmente se han atribuido a estos intelectuales: patentizar y tratar el problema de España que les preocupa profundamente y mirar con constancia allende el Pirineo para encontrar soluciones. Voy a referirme en concreto a Unamuno, Maeztu, *Azorín*, Baroja y Antonio Machado.

Pero, además de este límite numérico, ha sido necesario poner otro cronológico para que este estudio no resulte largo en exceso; así que este examen se ciñe sólo al período comprendido entre la consumación del "Desastre" y el inicio de la Primera Guerra Europea. Estos tres lustros largos casi coinciden con la etapa de

(2) ABELLAN, José Luis: *Visión de España en la Generación del 98. Antología de Textos*. Madrid, 1968.

la política regeneracionista, y también es en esos años cuando los cinco pasan por su época de plenitud, cuando están en la vanguardia intelectual española y escriben los libros por los que van a ser conocidos por la gran mayoría.

1. UNAMUNO

El catedrático de Salamanca ha cumplido ya los treinta y cuatro el año clave en 1898. Es el mayor de los cinco, el que más tenía escrito en esa fecha, el que más pensamiento vierte en sus páginas y el de más prestigio intelectual. Por todo ello sirven sus ideas un poco de pauta a los demás muy a menudo, bien para solidarizarse con ellas, bien para rechazarlas. Resulta por tanto lógico que se trate de él en primer lugar y con mayor extensión.

Ya en 1895 ha expuesto con cierta amplitud su pensamiento sobre España en los cinco ensayos que componen *En torno al casticismo*, además de en otros escritos menores. En los cinco ensayos mencionados se refiere al pasado español para desentrañarlo y deduce que siempre fueron fecundas las corrientes que vinieron de fuera. Esta idea constituye ahora la clave de su interpretación de la historia. No es positivo lo *castizo*; es decir, lo que no tiene mezcla de elemento extraño, cuando se trata de pueblos; por consiguiente, no es razonable quejarse de la irrupción de culturas foráneas, y se refiere concretamente a la conquista romana, a la invasión de los bárbaros e incluso a la napoleónica. Ellas han sido vehículos de europeísmo, y también lo ha sido, ya en el más inmediato pasado, la llegada del krausismo (3).

Contra lo que pudiera parecer, no implica este pensamiento una entrega a lo "europeo" sin condiciones, ya que su alta valoración de la *tradición eterna* y de la *intrahistoria* introduce una cierta moderación en la exigencia de versión al exterior, que resulta necesaria, pero no antes de que España se españolice. Ambos procesos han de ser paralelos (4).

No cabe duda, sin embargo, de que, por estos años, Unamuno ve en Europa la solución. Ello queda claro a cualquiera que haya

(3) Vid: *La tradición eterna en UNAMUNO*, Miguel de: "Obras Completas" Madrid, 1966-1971. Vol I. p. 191 (Desde ahora, O.C.) En cambio no piensa lo mismo de la invasión musulmana, lo que luego le reprochará Ganiivet.

(4) Cfr: O.C.I, pp. 191, 666, 786, 802-803, 853-853 y 869. Entiende Unamuno por "españolización" el proceso por el cual el espíritu castellano fue absorbido por el español, y dice que tal proceso no ha terminado porque, a veces, ha sido interrumpido.

hojeado *En torno al casticismo*. Abundan las frases que lo patentizan. Véase como muestra la siguiente:

"Conviene indagar... si no es abriendo las ventanas al aire libre de fuera como cobraremos vida" (5).

Este, hasta cierto punto, ferviente europeísmo de don Miguel anterior al "Desastre", experimenta un notable enfriamiento cuando media el año 1898. En julio de ese año la revista "Vida Nueva" inserta el ensayo *Renovación*. Unamuno acentúa en él que lo ha de regenerar a España es, sobre todo, escudriñar la *intrahistoria*:

"No creo quede ya otro remedio que sumergirnos en el pueblo inconsciente de la Historia, en el protoplasma nacional" (6).

Progresivamente va confiando más en las energías nacionales que en los impulsos foráneos porque, un año más tarde, en su también conocido ensayo *De la enseñanza superior en España*, afirma ya claramente que es mejor aprender aquí a fabricar las ideas antes que importarlas de Europa, aunque ello sigue siendo necesario:

"Para ello hace falta arar muy hondo nuestro suelo espiritual antes que en él echemos las semillas importadas, que darán al cabo trigo nuestro" (7).

No abandona, pues, el convencimiento de que España tiene necesidad de adaptarse al ambiente europeo; pero sí es cierto que se muestra ya menos entusiasta de esa obligación. Parece que Europa empieza a desilusionarle; la preocupan los enrarecidos aires que genera la paz armada. Así parece testimoniario una carta que escribe a su amigo Pedro de Múgica, filólogo bilbaíno radicado en Berlín con el que se carteo entre 1890 y 1909. En las sesenta y ocho cartas que le escribe y que han sido recogidas por Fernández Larraín, expone interesantes ideas acerca de los problemas que el país tiene planteados. En 1899 manifiesta en una de esas cartas su repulsa hacia la actividad de un "bandido" como Chamberlain y de un "mamarracho" como el Kaiser (8).

A esto hay que unir la versión del profesor Unamuno hacia el espiritualismo tras la crisis religiosa que atravesó en 1897 y que ha sido analizada por Zubizarreta (9). Esta nueva actitud vital

(5) *La casta histórica, Castilla*. O.C.I. p. 803.

(6) O.C. III. p. 687.

(7) O.C.I. p. 769.

(8) FERNANDEZ LARRAIN, Sergio: *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Santiago de Chile, 1965, p. 294.

(9) Vid: ZUBIZARRETA, Armando: *Tras las huellas de Unamuno*. Madrid, 1960.

contrasta con el materialismo que don Miguel observa últimamente allende los Pirineos. Por ello dice a su amigo que quizás no sea España idónea para el tipo de civilización que triunfa en Europa, pero, en cambio:

"Tal vez seamos más aptos que ingleses y alemanes para el tipo de cultura de pasado mañana, de dentro de unos siglos" (10).

Por consiguiente, parece notorio que, a la altura de 1899, Unamuno se muestra bastante crítico del "europeísmo" y que el peso de lo peculiar español es cada vez mayor en su escala de valores.

Tres años más tarde, sorprendentemente, lo encontraremos en el camino contrario, queriendo aproximarse otra vez a Europa. Con un cierto prurito elitista se considera ahora "español europeo" y está convencido de que, tanto él mismo como los otros pocos "europeos" que hay en España, tienen la misión de instruir al pueblo (11). Téngase en cuenta que ya don Miguel se ha convertido en rector de Salamanca y que, posiblemente, esta condición le haría sentirse llamado a ejercer un superior magisterio sobre sus compatriotas y, para ello, dada la postración de la cultura nacional, no tendría otro remedio que acudir de nuevo a Europa.

Esta misma actitud encontramos en el ensayo de 1903: *Los intelectuales y el pueblo*. Pide a la minorías que se conviertan en "vulgarizadores" de la cultura europea, dado el pobre estado en que se encuentra la cultura patria (12).

De cualquier forma, el europeísmo que profesa Unamuno, tanto antes de 1898 como a raíz del "Desastre", en los años 1898 y 1899 y ahora en 1902-1903, contiene una elevada dosis de ambigüedad y de indefinición. No obstante, ahora parece quedar más claro su matiz cultural; en ningún momento parece poner su atención en las realizaciones materiales, sobre todo desde 1897.

En 1904 el concepto que expone de cosmopolitismo parece anunciar una nueva fluctuación:

"Nada hay menos universal que lo llamado cosmopolita o mundial, como ahora han dado en decir" (13).

Efectivamente, desde 1905 con *Vida de Don Quijote y Sancho* y 1906, con el ensayo: *Sobre la europeización*, experimenta

(10) FERNANDEZ LARRAIN, S, Op. cit. p. 294

(11) Ibidem. p. 311.

(12) O.C. IX. pp. 868-69.

(13) *Vida de Don Quijote y Sancho*. O. C. III. p. 197.

su pensamiento respecto a lo europeo un brusco viraje: se convierte al "casticismo", al "Quijotismo" y aún a la africanización de España, como ha señalado Aranguren (14) y como seguidamente se podrá comprobar.

En un artículo publicado en mayo de 1905 se queja claramente de que todos estén empeñados en europeizar a España y nadie piense, en cambio

"en españolizar espiritualmente a Europa y América" (15).

Y, meses más tarde, refiriéndose a los regionalismos, dice que todo pueblo tiene necesidad de imponer su personalidad a los demás:

"No hay pueblo que conserve su personalidad aislándose. El modo de robustecer y acrecentar la propia personalidad es derramarla, tratar de imponérsela a los demás. El que está a la defensiva parece al cabo" (16).

Parece así que las relaciones que España ha de tener con el resto de Europa, a juicio del rector, han de ser de dar más que de recibir. La distancia que hay de esta idea a la que sustentaba antes e incluso en torno al noventa y ocho, no puede ser mayor. Unamuno se despega radicalmente de los "europeizadores" y se convierte a un nacionalismo apasionado que no dejó de sorprender entonces y ahora se intenta explicar sacando a colación el prurito unamuniano de llevar la contraria y su afición a la paradoja.

Por consiguiente, aparece ya en 1905 formulada la idea de "españolizar a Europa". El ensayo *Sobre la europeización*, del año siguiente no es sino un nuevo paso adelante en su apartamiento de lo que él suele llamar la "beatería europeísta". Comienza cuestionando el tópico regenerativo que da en pedir para "nuestro pueblo" su conversión en "europeo y moderno". El cree que ese concepto es muy vago y que quizás, mientras lo propio de Europa es la lógica, lo propio nuestro sea la pasión; esa pasión que aflora en los escritos de San Agustín "el gran africano antiguo". Y desde este concepto establece una rotunda distinción frente a Europa:

"He aquí una expresión: 'africano antiguo', que puede contraponerse a la de 'europeo moderno', y vale tanto, por lo menos, como ella. Africano y antiguo es San Agustín; lo es Tertuliano. ¿Y por qué no hemos de decir: 'Hay que africanizarse a la antigua' o 'hay que anticuarse a la africana?'" (17).

(14) ARANGUREN, José Luis: *Unamuno y nosotros*. Cit. por SANCHEZ BARBUDO, Antonio: *Miguel de Unamuno*. Madrid, 1966, p. 84.

(15) *¡Aquí estoy yo!* O.C. IX. p. 905.

(16) *La crisis actual del patriotismo español*. C.C.I.p. 1296

(17) *Sobre la europeización*. O.C. I. p. 926.

No europeizar España, sino africanizarla. Lo europeo es la Ciencia y lo africano, la Sabiduría. Frente a la ciencia europea, la sabiduría de los místicos españoles: sabiduría popular que es la vieja sabiduría africana:

"acaso los términos ciencia y española sean, afortunadamente, dos cosas que se repelen" (18).

Se ve que don Miguel juega con el término "africano" que evoca barbarie, aunque se refiera a una zona de África, la mediterránea, emporio de civilización en el tiempo de Agustín y de Tertuliano. Su pretensión es mostrar vivamente que está en las antípodas de lo europeo y no parece preocuparle que la imagen que emplea sea poco rigurosa.

Este nuevo convencimiento le lleva ahora a interpretar la historia moderna de España de forma contraria a como lo había hecho en su libro *En torno al casticismo*. Allí decía que España se convirtió en un pueblo universal desde el descubrimiento de América, abriéndose entonces un período de intensa europeización que, en aquellos años, consideraba muy encomiable; ahora piensa que fue un hecho negativo el que fuéramos arrastrados a la corriente de los demás pueblos en ese momento. El Renacimiento, que era ciencia y vida —explica— nos fué borrando el alma medieval y cambió, para mal, el curso de nuestra historia.

Así que, españolismo y europeísmo se contraponen ya en el pensamiento de Unamuno, que cree imposible ser europeo moderno sin dejar de ser español.

De las citas anteriores parece deducirse que este radical rechazo de Europa significa un desdén por la ciencia y por la lógica. En cierta manera es así, pero es indudable que lo que más repele al rector de Salamanca es el progreso material. La polémica que mantiene con Baroja a propósito del ensayo que éste publicó por entonces con el título de *¡Triste país!*, tiene este sentido. En él manifestaba don Pío su predilección por Francia, sobre todo porque allí los productos espirituales tienen menos importancia que los agrícolas e industriales. Ese hecho convierte al vecino país, a los ojos de Baroja, en un pueblo hermoso. Por el contrario, España es un lugar triste pues, si bien cuenta con personalidades tan valiosas o mejores que las que pueda haber en cualquier otro sitio, la vida española vale menos que la de Marruecos o Portugal.

(18) *Ibidem* p. 927.

Unamuno renuncia gustosamente a esa vida agradable de Francia a cambio de respirar el espíritu que puede producir a Cervantes, Velázquez, El Greco o Goya, incompatible, a su juicio, con la prosperidad material.

Para Baroja es triste que los españoles no puedan ser frívolos y joviales; para Unamuno sería triste que los españoles fueran así, porque dejarían de ser españoles sin ser europeos. Y, luego, expone cuál es el único europeísmo posible:

"Españolizar a Europa es el único medio para que nos europeicemos en la medida que nos conviene, mejor dicho, para que dirijamos lo que del espíritu europeo puede hacerse nuestro espíritu" (19).

En esas mismas páginas, más adelante, se manifiesta en idéntica línea con mayor exceso cuando rechaza incluso la latinidad:

"¡Latinos! ¿Latinos? ¿Y por qué, si somos berberiscos, no hemos de sentirnos y proclamarnos tales...?" (20).

Este ensayo de 1906 marca el viraje más extremoso de Unamuno en el dilema: España o Europa, que estaba planteado en el ambiente intelectual del momento. A partir de ahora rechaza airado los calificativos de "europeo" y de "moderno", para sí mismo y para sus compatriotas, porque considera que ellos son sólo aplicables al

"hombre libre de la suprema congoja, libre de la angustia eterna, libre de la mirada de la Esfinge, es decir, el hombre que no es hombre" (21).

Todas estas ideas se reiteran en una conferencia que pronuncia en el Círculo Mercantil de Málaga este mismo año (22), y en los tres siguientes aún se cierra más en esta postura, como puede comprobarse leyendo los ensayos: *Tres generaciones y Cosmopolitismo y universalidad*, el primero de 1907 y el segundo de 1908 (23).

En 1909 tiene lugar el proceso Ferrer, que provoca al otro lado de los Pirineos una reacción de repulsa. Este vocerío internacio-

(19) *Ibidem.* p. 931.

(20) *Ibidem.* p. 936.

(21) *Ibidem.* p. 927.

(22) O. C. IX. pp. 192-203.

(23) O.C. III, pp. 311-15 y O.C. IV. pp. 938-942. Este mismo año, su obsesión africanista le lleva a interpretar el Dos de Mayo como una revuelta del alma africana del pueblo español contra el hijo de la Revolución, lo que se pone un cambio notable respecto a la consideración de este hito de nuestra historia. Vid: *Sobre la independencia patria*. O.C. III. pp. 730-32) Reiterará esta idea en el *Discurso con motivo de las Cortes de Cádiz*, pronunciado en el Ayuntamiento de Salamanca (1910). O.C. IX. pp. 268-69.

nal hace reaccionar a toda la generación de escritores. *Azorín* escribe en "ABC", el 12 de septiembre, un artículo que titula: *Colección de farsantes*, en el que muestra su indignación por aquella campaña. Unamuno se apresura a felicitarle por carta en la que se solidariza con el contenido de ese artículo. Tres días más tarde, *Azorín* comete la indiscreción de publicar esa carta en el mismo periódico. Entre otras cosas, decía en ella don Miguel:

"Son muchos aquí los papanatas que están bajo la fascinación de esos europeos. Hora es ya de decir que en no pocas cosas valemos tanto como ellos y aún más. Dicen que no tenemos espíritu científico. ¡Si tenemos otro! Inventen ellos, y lo sabremos luego y lo aplicaremos. Acaso es más señor" (24).

Y se abre la polémica. Ortega reacciona escribiendo *Unamuno y Europa: una fábula*, y Maeztu, *Europa y los europeístas*. Toda esta controversia queda plasmada en el epílogo de *Del sentimiento trágico...*, que no es más que el desarrollo de la carta escrita a *Azorín*.

En los últimos cinco años del período que aquí se estudia, don Miguel de Unamuno continúa exagerando esta actitud: su antieuropeísmo llega al ápice y, paralelamente, su versión hacia el interior va progresando. Así, en 1910, se pregunta:

"¿Es que esos petulantes europeos... han de enseñárnoslo todo y no han de tener que aprender nada de nosotros?" (25).

Los testimonios de esta posición abundan en 1911. En el ensayo: *Isabel o el puñal de plata*, preconiza "reírse de Europa" (26); en *La epopeya de Artigas*, manifiesta su desprecio hacia "los europeizantes" porque no creen que España tenga capacidad para gobernarse por sí misma (27). Para él, ahora, el recién desaparecido Costa fue un "antieuropeizante" y por eso muestra admiración por su figura en el ensayo: *Sobre la tumba de Costa* (28). Y, simultáneamente a esas profesiones de antieuropeísmo, confiesa, en el artículo *Días de bochorno*, que cada vez se encuentra más absorbido por su "españolidad" (29).

En esta misma dirección se pronuncia muchas veces a lo largo de 1912, año en el que ya se va gestando el futuro conflicto europeo. En el mes de abril se encuentra preocupado porque una parte de

(24) Lo recoge SALCEDO, Emilio: *Vida de Don Miguel*. Salamanca, 1964. pp. 154-55.

(25) Vid: *El pedestal*. O.C. III. p. 576.

(26) O.C. III. p. 576.

(27) O.C. III. p. 588.

(28) O.C. I. pp. 939-50.

(29) O.C. VIII. pp. 289-294.

la prensa francesa, con ocasión de las negociaciones anglo-franco-españolas sobre Marruecos, se refiere a España desdeñosamente, mostrando su desprecio hacia el presente y hacia el pasado de la nación (30). Don Miguel aparece, de esa forma, como patriota celoso y dolorido. En mayo dice a José María Palacio que cada vez está más enamorado del "recio temple de nuestra alma". Su pasión españolista a veces le ciega, como cuando considera grande incluso la pobreza de España, aunque:

"Mejor sería atenuarla, pero no crea usted que deseo a mi patria la hartura de otras naciones, ni me entusiasman los pueblos ahitos de bienestar de material y de comodidades y que acaban en diabetes colectivas" (31).

Otro testimonio de ese patriotismo dolorido con matices xenófobos a que antes se ha aludido, encontramos en el Prólogo que escribe a la versión española de *Los italianos de hoy*, cuyo autor es R. Bagot. Son de diciembre de 1912 estas palabras:

"Una de las cosas que se me hacen más insoportables es la altanería de todos esos señores europeos por antonomasia... que se dicen hispanistas, hispanófilos o hispanólogos... para los cuales España se acabó en los siglos XVI y XVII, y a lo sumo en el XVIII, viene a buscar lo que en nuestra cultura influyó la de sus respectivos países" (32).

Desde que media el año 1913 y hasta el comienzo de la Guerra europea, es este patriotismo acendrado con matices doloridos el aspecto que más destaca en sus alegatos antieuropeos y españolistas. De septiembre es esa confesión que ha quedado como frase lapidaria de su sentimiento patriótico y como uno de los paradigmas del espíritu del noventa y ocho:

" A mí que tanto me duele España, mi patria, como podía dolerme el corazón, o la cabeza o el vientre..." (33).

Ese dolor surge, en parte, de la contemplación del pésimo estado cultural que atraviesan las provincias españolas, pero aumenta cuando comprueba lo mal que entienden a España ciertos escritores extranjeros. A uno de estos, dice:

"Tengo la franqueza, si lo es, de ser un encendido patriota de mi patria. No me duele que la juzguen; lo que me duele, si no me produce grima, es que se metan a echarnos chinitas los que como usted no la conocen sino de oídas. ¡ Y qué de oídas! Porque con oídos sucios de cerilla recibe usted referencias de bocas sucias" (34).

(30) Vid: *Sobre una sentencia de Quental*. O.C. IV. p. 1.326.

(31) Lo recoge GARCIA BLANCO, Manuel: *En torno a Unamuno*. Madrid, 1965. pp. 224-25.

(32) O.C. VIII. p. 1.003.

(33) *Por capitales de provincia*. O.C. I. p. 400.

(34) *En la quietud de la pequeña vieja ciudad*. O.C. I. p. 399.

No siempre son los extraños quienes se refieren a la nación española en términos denigratorios; a veces son algunos españoles:

"La inmensa mayoría de las patrañas y embustes que respecto al estado de España circulan por el extranjero, proceden de españoles" (35).

Este hecho aumenta el dolor patriótico de don Miguel y trata de encontrar una explicación a la actitud de esos malos hijos. Una apunta en el ensayo *Más claro*, de abril de 1914: el despecho de quienes no hayan visto reconocidos sus supuestos méritos en su propia patria (36).

Esta disposición contra su país de unos pocos españoles incita a Unamuno a cargar parte de culpa en el irreflexivo europeísmo que profesan; cree que son las antiparras europeas, que esos compatriotas se colocan, lo que les perturba la visión de la realidad. Así lo manifiesta en el ensayo: *La supuesta anormalidad española*, de expresivo título. En él rechaza la actitud de Ortega, que es quizás el único en el que piensa, expuesta en un artículo que el filósofo escribió en "La Prensa" de Buenos Aires. En él decía que España es el pueblo más anormal de Europa y que prefería más a Alonso Quijano el Sabio que a Alonso Quijano el Bueno o a Don Quijote. Ahora, Unamuno, el repudiar esas ideas, se sitúa también en contra de la ciencia y dice que no quiere un Alonso Quijano el Sabio (37).

Sin embargo, conociendo la personalidad de don Miguel y sabiendo cuánto propendía a exagerar su postura contraria cuando polemizaba con alguien, no podemos tomar muy al pie de la letra sus terminantes afirmaciones. No se piense que su antieuropeísmo de estos años es indiscriminado y sin matices. A él le subleva, más que nada, una europeidad mal entendida que olvida lo que hay dentro del país y mira exclusivamente hacia afuera. Así lo deja entender en julio de 1914 en *La lucha por el oficio*:

"... los más que se preocupan de cultivar su europeidad, o lo que tal entienden, no es puesta su mirada hacia dentro, hacia la patria, sino mirando afuera, suplicando servilmente perdón de yo no se qué pecados que nos atribuyen, mendigando una sonrisa y una palmadita de desdeñosa aprobación en la cabeza" (38).

(35) *Por capitales de provincia*. Cit. p. 401.

(36) Vid: *Más claro*. O.C. III. pp. 742-45.

(37) O.C. III. pp. 733-37.

(38) O.C. VII. p. 570.

Declara que su amor a la verdad es más fuerte que su patriotismo y, por consiguiente, no está dispuesto a callar ni siquiera aquello que pueda desacreditar a los españoles de ahora o del pasado (39).

Así, pues, don Miguel de Unamuno ha ido progresivamente avanzando desde 1898 hacia un antieuropeísmo cada vez más cerrado, a pesar de alguna pequeña fluctuación en sentido contrario. Parece, además, que cuando rechaza lo europeo, rechaza sobre todo el progresismo material. Ciertamente que le hemos sorprendido arremetiendo también contra la ciencia, pero ese concepto significa, dado el lenguaje extremado que siempre utiliza nuestro escritor, por materialismo; en definitiva, por progreso material.

Su rechazo de éste es muy constante es este período. Véanse algunas muestras:

Del ensayo *La vida es sueño*, publicado en 1898, son las siguientes palabras:

"Retírese el Don Quijote de la Regeneración y del Progreso a su escondida aldea a vivir oscuramente, sin molestar al pobre Sancho el bueno, sin intentar civilizarle, dejándole que viva en paz y en gracia de Dios en su atraso e ignorancia...¡Que no le sacrifiquen al progreso, por Dios, que no le sacrifiquen al progreso!" (40).

En 1907 deja claro que progresismo y cientifismo se oponen a la verdadera civilización (41). En 1911 dice que ambos se oponen al verdadero progreso (42); es decir, al progreso de índole espiritual. En *Del sentimiento trágico...* considera al progreso material como una enfermedad (43) y, a fines de 1913, dice:

"¡Pueblos progresivos! ¡Pueblos progresivos!...

¿Y qué es un pueblo progresivo?

Un pueblo que cambia rápidamente... por fuera" (44).

Finalmente, su cuento *Mecanópolis* no es más que una caricatura de los males del maquinismo y del progreso material (45).

(39) Vid: *Horror al trabajo*. O.C. IV. p. 1.259.

(40) O.C. I. p. 943.

(41) Vid: *Tres generaciones*. O.C. III. pp. 311-15. *Sobre la pornografía*. O.C. III. pp. 321-25 y *Cientifismo*. O.C. III. pp. 352-57.

(42) Vid: *Isabel o el puñal de plata*. Cit.

(43) O. C. VII. p. 120.

(44) *En la quietud de la pequeña ciudad*. Cit. p. 395.

(45) O.C. II. pp. 833-36.

2. MAEZTU

Es diez años más joven que Unamuno. Después de haber residido en Cuba entre 1891 y 1894, y luego en Bilbao hasta 1897, vive el "Desastre" en Madrid. Durante todos esos años no hay en él una definición clara entre Europa. Posteriormente, y hasta 1905, su europeísmo queda muy mezclado con su progresismo material y, aunque no hace profesión clara de aquél, con éste tiende a desear que España se coloque al nivel de los otros países europeos. Es la suya, pues, una postura contraria a la de Unamuno y más cercana al verdadero regeneracionismo.

A pesar de ello, no es el suyo un europeísmo ciego y a ultranza. Manifiesta que el resurgir debe brotar de dentro y no al impulso de manos foráneas. En esto está acordado con Unamuno. Cree don Ramiro que la raza española es vigorosa y fecunda.

Pero está convencido de que tiene prioridad la regeneración material de España sobre cualquier otra tarea, incluida la regeneración cultural y espiritual. Por eso reprocha a Unamuno el viraje de su regeneracionismo hacia lo cultural.

Maeztu tiene prisa en que el proceso de reconstrucción material se inicie. Cree que se ha perdido ya mucho tiempo y, además, si se comienza pronto se evitará que se nos adelanten iniciativas procedentes de fuera del país, como ve que ocurre ya en las costas (46).

El año 1905 significó un cambio en su vida. En enero marchó a Londres como primer corresponsal de "La Correspondencia de España", asumiendo, además, la corresponsalía de "La Prensa" de Buenos Aires. Es indudable la trascendencia que tuvo para su pensamiento la perspectiva europea y, concretamente, la británica. Parece que en la patria de su madre creyó encontrar su camino. Allí permanecerá hasta 1919, aunque hará fugaces salidas; así, en 1907 pasará seis semanas entre Holanda y Alemania, poniéndose en contacto por primera vez, fugazmente, con el pensamiento germánico en el que más tarde profundizará. También vendrá a España en 1910 para pronunciar tres conferencias que alcancen un gran eco, como veremos.

Durante todo este tiempo, el bagaje más significativo de su pensamiento es el anglosajón, pero ello no le hace perder su condición de español y su acendrado amor a la patria. En varias

(46) Vid. *La Meseta castellana* en "Hacia otra España". Madrid, 1967. p. 174.

ocasiones afirma que su corazón sigue estando aquí aunque sus ojos sean ya europeos. Es ese mismo amor a España el que le lleva a desear que ésta se transforme.

En 1908 ocurre un cambio en su actitud ante el progreso material que no deja de ser llamativo. Desde ahora deja de adorar a las máquinas y a las chimeneas. El mismo reconoce este viraje y dice que lo que hay que admirar no son las máquinas en sí, sino el esfuerzo que las crea (47).

Todo esto es anterior a la fecha clave de 1910, año en que pronuncia una trascendental conferencia en el Ateneo de Madrid, que titula: *La Revolución y los intelectuales* (48), y que impresiona grandemente a la juventud que frecuentaba aquella casa (49). Vuelve la vista para contemplar el tiempo transcurrido desde la catástrofe del noventa y ocho y constata su esterilidad, porque no se ha concretado ni en el diagnóstico ni en la terapéutica. Dedicó a Joaquín Costa varios elogios y, entre ellos, éste: dice que a él.

"le debemos el saber enfocar el problema de España en términos de Europa"
(50).

Con esta conferencia inicia Maeztu otra etapa. Su europeísmo es ya más convencido pero con un matiz distinto: ahora es la inteligencia lo que le atrae. Quedan muy atrás las máquinas y las chimeneas. Esta valoración de la vida intelectual constituye una novedad y le conecta con el Unamuno de unos años atrás. El mensaje principal de aquella conferencia consistió en establecer que la diferencia entre España y Europa sólo estaba en el mayor o menor esfuerzo de los intelectuales y que, por tanto, lo que sean sus intelectuales, eso será España, porque lo que hace a los pueblos es el trabajo de la inteligencia.

Pero añade que la característica de las clases intelectuales españolas es que no son intelectuales. Resaltan así dos notas que definen su europeísmo; por un lado, está convencido de la necesidad de acercarse a Europa, y por otro, reconoce que esto es difícil, dada la debilidad de la intelectualidad española.

(47) *Las causas impopulares* en "Obra de Ramiro de Maeztu" Prólogo y selección de Vicente MARRERO, Madrid, 1974, p. 173.

(48) GAMALLO FIERROS, Dionisio: *Hacia un Maeztu total* en "Cuadernos Hispanoamericanos" Núms. 33-34. Sept.-Oct. 1972. Madrid. (Son resúmenes de artículos y conferencias) pp. 403-4.

(49) Vid: LEQUERICA, José Félix de: *Recuerdos de Maeztu* en "Cuadernos Hispanoamericanos" sept.-oct. 1952. cit. p. 9.

(50) GAMALLOS FIERROS, D. Op. cit. p. 401.

Este cambio de su pensamiento en torno al año 1910 parece que se debe, en parte, a la gran importancia que concede a los acontecimientos de 1909. Al igual que Unamuno y Azorín, Maeztu fue conmovido profundamente por ellos, aunque su reacción no fuera semejante. Piensa que han marcado una divisoria y que, tras ellos, es necesario enfocar el problema de España de otra manera. Opina que en julio de 1909 ha comenzado a operarse la revolución española al margen de las clases intelectuales. En el homenaje que se le ofreció por la citada conferencia concretó más esa convicción de que el único camino de regeneración es la labor intelectual:

"Es preciso que los hombre jóvenes preparemos la vida de mañana trabajando en nuestras cosas y defendiendo a la Patria con los libros en la mano" (51).

Tanto en la conferencia como en el discurso posterior, se manifiesta Maeztu convencido europeísta y tan partidario del espíritu moderno como contrario lo era Unamuno en estos momentos. Es preciso, dice, que se haga la España nueva sobre la base del españolismo más acendrado, pero dentro del espíritu moderno que entonces está animando la vida europea. Para ello, ni siquiera es preciso derribar obstáculos, lo que hay que hacer es crear los hombres del mañana,

"para que, cuando dentro de diez años pregunte Europa donde está España, esos hombres nuevos puedan contestar ¡Aquí!" (52).

Otras dos conferencias pronunció en esa vuelta momentánea a España después de seis años de ausencia; una en la sociedad "El Sitio", de Bilbao, sobre *La Libertad de sus enemigos*, y la tercera en el Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona, que tituló: *El socialismo administrativo*. Por esas fechas ya ha dejado atrás su peculiar socialismo juvenil y su pensamiento es liberal. Muchos años más tarde, volviendo la vista atrás, se recordaba como "liberal croceano" entre 1909 1911 (53).

En otros escritos de ese año de 1910 nos muestra nuevos matices de su pensamiento: contempla unas clases medias atra-

(51) *Ibidem*. p. 403.

(52) *Ibidem*. p. 404.

(53) Lo dice en un ensayo publicado en 1932, titulado: *Benedetto Croce*. (en "Obra de Ramiro de Maeztu". Cit. pp. 203-205). Lequerica manifiesta que, cuando le conoció en 1912, profesaba un fuerte liberalismo inglés muy atrayente para la sensibilidad política de la época: una suerte de protestantismo no religioso (Art. cit).

Marrero afirma que su pensamiento oscila entre un individualismo propio de la generación del 98, y un autoritarismo de impronta culturalista y, en buena medida, también germánica. (Prólogo a la "Obra de Ramiro de Maeztu").

vesando un período trágico de depresión, perdido ya el ideal de regeneración que había alumbrado diez años antes. A su juicio, esa pérdida del ideal se debe a que no estaba bien pensado (54). Y a mayor abundamiento, la minoría que podría protagonizar esa regeneración carece de pasión, sea científica, artística, política, moral, amorosa o de riquezas (55). Dice que es preciso crear cultura porque:

"Un poco de cultura de propia creación vale cien veces más que un mundo de cultura importada" (56).

Puede anotarse, de pasada, esta manifestación de que tampoco es entreguista su europeísmo cultural, sino que viene a ser corregido por un amor apasionado a su país al que desea que salga de la postración.

A pesar de todo, se muestra optimista y llega a decir que no cree que en estos momentos España esté en decadencia (57); pero hay que poner la mirada en el futuro:

"Ya no somos hijos del pasado sino del futuro. Ya no son las cosas que son las que nos inspiran, sino las cosas que serán. Nuestra objetividad, nuestra realidad, nuestro destino están en el mañana, no en el hoy ni en el ayer. Es el horizonte el que nos mueve. Es el horizonte quien nos da fuerzas" (58).

En 1911 marcha a Marburgo para seguir un curso de filosofía. Este nuevo contacto con el pensamiento germánico proporcionará un ingrediente nuevo a su programa de regeneración de España, como queda patente en la carta que escribe a José Plá ese mismo año, en la que le dice que

"Hay que germanizarse en punto a los principios" (59).

Sabemos ya que Maeztu ha quedado extasiado ante el espíritu británico que ha sido capaz de idealizar el socialismo levantándolo de su materialismo histórico. Sería deseable que España pudiera obrar de manera semejante, pero sabe que, de momento, no es posible.:

(54) Vid: *Al cerrar los ojos*. en "Obra de Ramiro de Maeztu". Cit. p. 184.

(55) *Ibidem*.

(56) *Nuestra propiedad intelectual en Hispanoamérica*, en GAMALLO FIERROS: Op. Cit. pp. 391-92.

(57) Vid. Los juicios de un inglés sobre el proteccionismo español. *Ibidem*. p. 393.

(58) Carta-prólogo al libro de Alcides Arguedas: *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos*, en "Obra de Ramiro de Maeztu". Cit. pp. 181-82.

(59) *Carta a José Plá*, en "Cuadernos Hispanoamericanos" Sept.-Oct. 1952. Cit. pp. 57-58.

"porque no podemos trasplantar a España ocho siglos de parlamentarismo" (60).

Es en estos momentos cuando Alemania está tratando de realizar penosamente esa transformación y por ello cree don Ramiro que

"Alemania es para España el camino para llegar a Inglaterra" (61).

El país de Kant y de Marx tiene que marcarnos la ruta porque nosotros no tenemos más solución que meternos en la cabeza los principios.

Quizás también se deba a su contacto con el ambiente alemán la idea que ahora expresa de que el espíritu guerrero, al que llama "espíritu animal de defensa y de presa", constituya una virtud necesaria para que se conserve la cultura, porque, perdida la animalidad, se pierde también aquélla (62).

Este año, la desaparición de Costa repercutió en la conciencia de Maeztu como lo había hecho en la de Unamuno. Con este motivo escribió al *Debemos a Costa* (63), que es una suerte de "ritornello" en el que, repitiendo muchas veces esas dos palabras, enumera lo que, a su juicio, el aragonés ha hecho por su país.

Entre otras cosas, señala Maeztu que el pensamiento de escuela y despensa era para Costa una fórmula de europeización. En este concepto que tiene él como modelo de europeísta difiere don Ramiro de Unamuno y de Ortega. Igualmente dice que una de las cosas que le debemos es el haber creado la conciencia de que Europa es un problema que todo español culto debe plantearse para hallar solución al problema de España; así que, no hay duda de que para Maeztu la solución de España está en Europa, con todas las matizaciones españolistas que se han contemplado antes.

Pero, en definitiva, ¿Que es ahora Europa concretamente para él? En el ensayo *Europeísmo*, en el que polemiza con Cejador (64), afirma que "europeización" tiene para los españoles un sentido espiritual. No se trata de querer ser francés, inglés o alemán; no se pretende la extranjerización de España. En la pluma de Costa,

(60) Ibidem.

(61) Ibidem.

(62) Ibidem.

(63) Vid: Maeztu, Ramiro de: *Debemos a Costa* (5. El ideal de la escuela y la despensa) Zaragoza, 1911. pp. 11-18.

(64) También polemiza Ortega con Cejador en el ensayo citado. El artículo de Cejador publicado en "El Heraldo", se titula: *Costa rectificado*.

sigue diciendo, Europa significa progreso; en las plumas que han continuado su labor, significaba Ciencia. Para Maeztu, lo estrictamente europeo es la ciencia. España no tiene por qué dejar de ser "española y celtíbera", porque Europa es una superestructura. Se puede ser español o inglés sin dejar de ser europeo; pero no se puede dejar de ser europeo sin ser español o inglés. Europa nos es dable mientras que España nos está dada. Ser español europeísta es trabajar porque nos sea dado lo que nos es dable; no es un cambio, sino un además.

España ha sido ya dos veces Europa: una, en los tiempos de Séneca y Trajano, y otra, en el siglo XVI. En esta segunda ocasión, sin embargo, nos tocó defender las ideas del siglo XIII (65), y ello fue causa de nuestros descalabros. Se trata de que ahora, en el siglo XX, España vuelve a ser Europa, pero con las ideas del siglo XXI (66).

Esta postura es muy semejante a la que adoptó Unamuno antes del noventa y ocho. Aquí, como en otras cuestiones, Maeztu va cuando Unamuno ya está de vuelta.

Habla Lequerica de la glacial distancia que Maeztu mantenía respecto a la vida nacional española, empeñado como estaba en la europeización de España. No cabe duda de que al estar fuera de ella le apartaba de las menudencias cotidianas de la política y de la sociedad de su patria, pero no puede cuestionarse su conciencia españolista, aunque nunca fuera proclive a descender a la anécdota diaria.

3. AZORÍN

José Martínez Ruiz permanece en sus tierras levantinas hasta noviembre de 1896. Entre Monóvar, Yecla y Valencia transcurren su infancia y adolescencia. Cuando llega a Madrid cuenta veintitrés años.

El futuro *Azorín* comienza a no dejar títere con cabeza en la sociedad que le ha tocado vivir. Con su pluma se muestra inquieto, deseoso de reformas y de intervención social. Abomina del pasado, critica el sistema político y se muestra proclive al anarquismo.

(65) Nótese este concepto peyorativo de nuestro siglo XVI, divergente ya completamente del de Unamuno, que en años anteriores pensaba igual que Maeztu.

(66) Vid: *Europelismo* (Apéndice de "Debemos a Costa" pp. 69-76). Pero téngase en cuenta que en carta a José Plá considera causa del pesimismo de los españoles el que esperen que la redención venga de fuera, cuando para hacer algo, hay que proceder de dentro afuera.

Antes del noventa y ocho participa, con Unamuno y con Maeztu, de la admiración general hacia Europa. Entre las figuras de los siglos imperiales, valora a Luis Vives por el hecho de haber educado su inteligencia en el extranjero. Además, una de las razones por las que condena la política imperial es la de haber ahogado la Reforma, en postura idéntica a la de Unamuno (67).

Durante el período de militancia en el anarquismo lee y traduce a los pensadores ácratas más significados de Europa y colabora en "La Campaña", periódico que venía a ser un instrumento de propaganda y apoyo del movimiento anarquista europeo.

Por estos años no cree que España pueda resurgir por sí misma. Sin embargo, no es tampoco el suyo un europeísmo ciego y mimético, pues se siente molesto cuando contempla el papanatismo europeizante de algunos de sus compatriotas:

"Estoy muy lejos de creer que la nación española es la antonomasia de la incuria y el atraso..., y que, en cambio, Francia es el emporio de la civilización" (68).

Pero parece indudable, que, en 1899, el futuro *Azorín* es más europeísta que Unamuno. Su postura en este sentido no ha cambiado casi nada en relación con la época anterior al noventa y ocho. Se lamenta, como lo hacía Unamuno antes, de que ignoremos en España doctrinas que son muy conocidas en otros países, y cree, además, que el suyo no ha influido nunca en la producción científica ni literaria del resto del continente.

Reconoce, sin embargo, que aquí hay sabios y artistas; pero que, por otro lado, el nivel medio cultural es bajo. El remedio no puede ser otro que acercarse a Europa:

"Es preciso traer a ella España aquellas innovaciones de la ciencia o del arte que en otros pueblos se preconizan" (69).

Conviene señalar, para una mejor comprensión de la versión europeísta de Martínez Ruiz, ahora que es el único de los cinco escritores de los que aquí tratamos que, a la altura de 1905, no ha traspasado aún las fronteras de la patria, y parece que sólo conoce a ciertos escritores, sobre todo franceses. Es posible que su europeísmo, hecho de desconocimiento, sea por eso más convencido que el de los demás.

(67) Vid: *La evolución de la crítica* en AZORIN: "Obras Completas" 9 vols. Madrid, 1947-1954. Vol. I. p. 407. (Desde ahora, O.C.).

(68) Vid: *Anarquistas literarios*. O.C. I. p.169. Anótese esta postura un tanto crítica respecto a Francia que luego, como veremos, cambiará en ferviente admiración.

(69) *La evolución de la crítica*. Cit. p. 401.

El año 1905 puede considerarse una divisoria en la vida y en la obra de Martínez Ruiz, que ya es *Azorín*. Respecto a ésta, hay que recordar que escribe *Los pueblos*, donde estrena un estilo literario distinto y constituye el primero de una serie de libros en los que va primar la preocupación por España. En lo que se refiere a su trayectoria vital, desde ese año pertenece al partido conservador y este su nuevo credo político queda patente cuando expone por escrito la situación política de su patria (70). En 1907 es elegido diputado maurista por el distrito de Purchena.

El año siguiente es denso en la biografía del escritor. Según Gómez de la Serna, en él comienza su vida "formal y política". Además, se casa, y quizás ello contribuya a que "siente cabeza", según Tuñón de Lara. Este año ve también la luz su libro *El político*, en el que da un testimonio de su propia evolución:

"El tiempo lo amansa y suaviza todo... Cuando el ardor de la mocedad rebulle en nuestra sangre, todo lo queremos hacer súbitamente... Pero van pasando los años; vamos viendo lo que es el mundo; un dulce va cayendo sobre nuestros nervios... y entonces nos percatamos de lo que vale el tiempo y de lo que puede hacer él en la vida" (71).

Azorín tiene ya treinta y cinco años y su cambio de talante es evidente. En ese libro lo encontramos también de vuelta de su europeísmo anterior:

"Muchas veces oírá el político que le preponen que se haga en su patria tal o cual cosa que se hace en un país extraño... El político habrá de reflexionar despacio sobre esto... Todos los países no son lo mismo; no es la misma su historia; no es la misma su tradición; no son las mismas sus condiciones físicas; no son los mismos, en fin, sus hombres. Debe proceder, por tanto, con mucha cautela el político.

El político no debe acoger sin estudio... las leyes, trazas e instituciones de otros países. Esto le puede llevar a gobernar con abstracciones" (72).

Su nueva mentalidad conservadora le hace avanzar cada vez más en este rechazo del europeísmo a ultranza. Así, en 1910, encontramos esta actitud aún más extremada, más que la expresada en el artículo que dió lugar a la polémica de Unamuno con Ortega y Maeztu y más que la mantenida dos años antes en *El político*. Podemos comprobarlo en el párrafo siguiente:

"España, como los demás países, tiene una tradición, un arte, un paisaje, una raza suyos, y a vigorizar, a hacer fuertes, a continuar todos estos rasgos suyos peculiares, es a lo que debe tender todo el esfuerzo del

(70) Vid: GRANJEL, Luis S.: *Retrato de Azorín*. Madrid, 1958. pp. 163-164 y 165.

(71) O.C. II. p. 426.

(72) O.C. II. p. 417.

artista y del gobernante. No es a Europa hacia donde debemos mirar, sino hacia nosotros mismos... El progreso estriba en la *continuidad nacional*, no es un rompimiento brusco y absurdo. La continuidad nacional se logra creando una conciencia de nuestro propio ser. Esa conciencia la forma principalmente la idea religiosa, y contribuye a formarla también el arte" (73).

Puede observarse, al mismo tiempo, cómo entre tradición y progreso no sólo encuentra acuerdo, sino dependencia del segundo respecto a la primera.

En los años anteriores se debe en Martínez Ruiz un cierto desdoblamiento entre el amor y el desamor al progreso. Por un lado, consideraba que era necesario, y por otro, le dolía que acabase con cosas entrañables. Ello queda manifiesto en algunas páginas de *La Voluntad* y de *Antonio Azorín*. En lo material, lo nuevo viene siempre envuelto en vulgaridad, pero admite a regañadientes el progreso siempre que contribuya a humanizar la vida. Mientras el maestro Yuste es progresista, aunque con dolor, el otro personaje de *La Voluntad*, "Azorín", ni tiene fe en el progreso ni lo considera deseable. Ambos representan la lucha íntima de Martínez Ruiz en esos momentos.

Ahora, esa subordinación del progreso a la tradición, constituye una novedad, como también lo es la valoración de la idea religiosa.

La actitud no varía en el año siguiente y continúa mirando con recelo a Europa e ironizando sobre lo europeo y lo moderno (74). Además, se queja de que los extranjeros estén llenos de prejuicios cuando escriben sobre España, igual que lo estaba haciendo Unamuno por estos mismos años (75).

Sin embargo, en 1912 se opera en su pensamiento un espectacular viraje: refiriéndose a la creación de sociedades intelectuales y artísticas, dice:

"Una aristocrática y poderosa Asociación de Amigos del Arte existe en España; pero diríamos que le falta calor, movilidad, apasionamiento... Preciso será que en España se comience a hacer lo que se hace en el extranjero... Dicho sea con perdón de los tradicionalistas que sistemáticamente rechazan toda idea, procedimiento o tendencia que no haya brotado espontáneamente en casa" (76).

(73) *La continuidad nacional*. Lo recoge GRANJEL en "Retrato de Azorín" Cit. p. 233.

(74) Vid: *Doce meses* en "Literatura en política". O.C. III. pp. 894-897.

(75) Vid: *Viajes por España*. O.C. IX. pp. 1.175-1.179.

(76) *El intelectualismo*. O.C. VIII. p. 802.

Y el mismo llamativo cambio tiene lugar en lo que se refiere al progreso, como queda patente en el Prólogo de *Castilla*, libro de ese mismo año. Ahí se valora el progreso material de esta forma:

"más valor y eficiencia concedemos, por ejemplo a los ferrocarriles —obra capital en el mundo moderno— que a los hechos de la historia concebida en su sentido tradicional y ya en decadencia" (77).

Por consiguiente, desde 1912 se aleja de Unamuno y coincide con Maeztu en lo que se refiere al europeísmo, pero se encuentra lejos de ambos en la cuestión del progreso material.

4. BAROJA

Pío Baroja no publica su primer libro hasta 1900, pero su labor periodística comienza diez años antes. A fines de 1895 está definitivamente afincado en Madrid y, tres años más tarde, decide dedicarse de lleno a la literatura.

En ninguno de sus escritos de esos años expresa Baroja entusiasmo alguno por la europeización. Su espíritu, menos teórico que los de Unamuno y Maeztu y aún más práctico que el de *Azorín*, le lleva a referirse, más que a Europa en general, a naciones concretas cuando se trata de aceptar o rechazar influencias. Así, en el artículo *Influencias extrañas*, publicado en 1901 en la revista "juventud", critica ciertas actitudes de los que aspiran a que España se acerque más a Francia, en postura semejante a la que había mantenido Martínez Ruiz en *Anarquistas literarios*. Reconoce que esa nación ha contribuido a civilizarnos, pero ello no debe llevarnos a desear que nuestro espíritu sea un reflejo del francés. Por otro lado, considera que Francia, al civilizarnos, nos ha hecho perder muchas energías; a su juicio, las imitaciones de lo francés han sido siempre perjudiciales (78).

También señala —refiriéndose quizás a Maeztu— que hay quienes preconizan que nos acerquemos a Inglaterra; pero, hasta el momento, no se ha recibido influencia alguna de ese país y, por consiguiente, los resultados de ese influjo posible y futuro, permanecen desconocidos y son imprevisibles.

(77) O.C. II. p. 661.

(78) LONGARES, Manuel: *Pío Baroja. Escritos de juventud (1890-1904)*. Madrid, 1972. pp. 268-271.

El cree que lo mejor es prescindir de toda influencia extranjera:

"Yo creo que el ideal es que la patria viva con su propia sustancia" (79).

Mas, en el fondo, sabe que eso no es posible y, puestos a elegir, prefiere, como mal menor, que España mire hacia el Norte: Noruega o Inglaterra, y no hacia Italia o Francia (80).

En cuanto al progreso material, Baroja, que no en vano ha sido considerado el mas romántico de los escritores del grupo, experimenta un rotundo rechazo.

A fines de siglo le asustaban los entusiasmos progresistas de Maeztu: "anglosajones y nietzscheanos"; prefiere las calles tortuosas a las rectas, no le interesa ni la fuerza ni el oro; más bien se inclina por la debilidad y la pobreza. Es mejor para él Toledo o Granada que Bilbao. Sus temores ante la posibilidad de ese progreso que anunciaba Maeztu, quedan expresados de esta manera:

"el día en que esa nueva España venga a implantarse en nuestro territorio con sus máquinas odiosas, sus chimeneas, sus montones de carbón, sus canales de riego; el día en que nuestros pueblos tengan sus calles tiradas a cordel, ese día emigro, no a Inglaterra o a Francia..., a Marruecos o a otro sitio donde no hayan llegado esos perfeccionamientos de la civilización" (81).

Sin embargo, el novelista sabe que ese progreso es inevitable, de la misma manera que sabe que lo es la influencia de Europa; y ello quizás contribuya a acentuar su pavor. Señala Shaw que su novela *La casa de Aizgorri* está dominada por dos edificios simbólicos: una destilería y una fundición. El primero es destruido al final con sus productos. Es la vida tradicional que va a dejar paso a la España industrializada del futuro (82).

En 1902 parece que aumenta su miedo a los estragos que pueda traer el progreso: teme que haga desaparecer la inteligencia individual y la sustituya por las energías de la materia; en suma, que la humanidad se convierta en "maquinidad" en una sociedad regida por un sistema socialista marxista (83). Este rechazo surge también con frecuencia en las páginas de *Camino de perfección*:

(79) Ibidem. p. 271.

(80) Ibidem.

(81) Artículo de "Revista Nueva" (15-III-1899), en BAROJA, Pío: *Obras Completas*. Madrid, 1946-1952, 8 vols. Vol. VII. pp. 861-862.

(82) Vid: SHAW, Donald.: *La generación del 98*. Madrid, 1980, p. 136.

(83) Vid: *Crónica sentimental* en LONGARES. Op. Cit. pp. 282-83.

el humo de las fábricas mancha el cielo azul; Max Schulte, uno de los personajes, exclama en cierto momento:

"Y ese progreso, ¿para qué? ¿Que objeto tiene" (84).

Y Fernando Ossorio se lamenta de que en Yécora todo sea nuevo, de que en las iglesias no haya cuadros ni altares y de que las imágenes de las hornacinas de las portadas se hayan pintado recientemente (85).

El rechazo que hace Baroja del progreso es más global e indiscriminatorio que el de Unamuno y tiene una indudable faceta de arcaísmo romántico; pero el respeto que guarda a las cosas materiales del pasado no lo extiende a las ideas y a los hombres. En el ensayo *El culto al yo*, dice:

"No hay que respetar nada, no hay que aceptar tradiciones que tanto pesan y entristecen" (86).

Se muestra partidario de que se olviden los nombres de los teólogos, poetas, filósofos y apóstoles del pasado y ve en ello una condición necesaria para que pueda vivirse la vida en plenitud; y añade que el hombre moderno que utiliza el egoísmo como instrumento para vencer en la lucha por la vida vale más que el hombre antiguo.

Pero hay que evitar que aquél se deshumanice a causa del progreso material. Es esa idea muy frecuentemente repetida: la civilización material engendra salvajismo. Así lo expresa en el ensayo *Ligeras vaciedades*, de "Tablado de Arlequín", fechado en 1904:

"He estado en un pueblo con alumbrado eléctrico y en una calle tirada a cordel, llamada nada menos que la calle de Sanz del Río, en donde unos chicos me obsequiaron apedreándome y el sacristán no me dejó entrar en la Iglesia. También he estado en un aduar próximo a Tánger en donde unos pobres moros me ofrecieron sin conocerme, hospitalidad y un plato de cuz-cuz. Pero este aduar no estaba civilizado" (87).

Este año, lo que fundamentalmente le interesa es una mayor humanización de la vida. Que ese deseo está por encima de la abominación del progreso, queda claro es este párrafo de *Aurora roja*:

"Cuando la energía eléctrica se pueda enviar a cientos de kilómetros y los medios de comunicación sean rapidísimos, ¿que necesidad tendremos

(84) O.C. VI. p. 42.

(85) Ibidem. pp. 86-87.

(86) O.C. V. p. 27.

(87) O.C. V. p. 75.

de vivir apiñados en calles estrechas? No; viviremos en agrupaciones, diez o doce familias que se quieren, que se conocen, formando una especie de clan en medio del campo y comunicados por tranvías y ferrocarriles con otros clanes. Y esto ya está pasando con las fábricas. Hace algunos años se produjeron las grandes aglomeraciones de fábricas; hoy... se va a la difusión, y cuando la fuerza motriz se puede trasportar y distribuir con un precio económico, las grandes aglomeraciones de fábricas habrán desaparecido" (88).

Parece, pues, que, a la altura de 1904, se reconcilia tibiamente en el progreso material, como Unamuno.

También desde este año se muestra más europeísta. En el ensayo *Revisión necesaria*, incluido en "Tablado de Arlequín", se duele de que Europa tenga una idea muy pobre de España. Cree que ello se debe, en parte, a la mala voluntad de los europeos que opinan así, pero no puede desconocerse que hay cierta culpa en los propios españoles que, a pesar de los desastres sufridos, se empeñan en no ser una nación europea; lo que se pone en relieve en el hecho de que el país no ha sabido prescindir de sus hombres "funestos", que han demostrado su fracaso, y también porque España se empeña en sostener unas ideas arcaicas. Piensa Baroja que si no se revisan estas aptitudes, el porvenir se presenta muy negro (89).

En los años siguientes, ese camino europeísta y más progresista se va definiendo más. El progresismo queda patente en el diálogo que mantienen dos personajes de *La feria de los discretos* en el capítulo 31. En él aparece la vida arcáica de las capitales y los pueblos españoles como algo lamentable. Se reconoce que hay una minoría que empuja hacia adelante, pero tan exigua que se aparta de la realidad y llega incluso a ser perjudicial:

"Es como si en esta relojería, entre las ruedas de los relojes del bolsillo, nos encontrásemos con una rueda de reloj de torre. No nos serviría para nada, no podría engranar con ninguna otra" (90).

En cuanto a su nuevo europeísmo, dice en *César o nada* que España, al sentirse fracasada "en su vida eruptiva" o por impulsos, desea competir con los demás países

"en el amor por lo general y lo ordenado, y en el aborrecimiento por lo individual" (91).

(88) O.C. I. pp. 567-68.

(89) O.C. V. pp. 63-65.

(90) O.C. I. p. 791.

(91) O.C. II. p. 574.

Es decir: España quiere europeizarse, pero a veces el intento va por mal camino puesto que se aceptan como dogmas indiscutibles "las aspiraciones colectivistas de otros pueblos".

Hemos tenido ya ocasión de contemplar la polémica que sostuvo con Unamuno a propósito del artículo *¡Triste país!* Ambos escritores, por tanto, parecen marchar por sendas contrapuestas en este tema. Pero no es así del todo, porque encontramos en los proyectos del protagonista de *César o nada* un trasunto de la "africanización de España" e incluso de la idea unamuniana de la imposición de las propias ideas:

"nos encontramos separados del resto de Europa por los Pirineos y unidos a Africa por el mar y por el clima; nuestro plan debía ser constituir un gran imperio euroafricano, imponer nuestras ideas en la Península y luego irradiarlas por todas partes" (92).

En 1911 encontraremos más afianzado este europeísmo. En *El árbol de la ciencia* se lamenta el novelista de que la acción de la cultura europea de España se limite a cuestionar técnicas y que los españoles creen que lo nuestro es lo mejor, pensando que las demás naciones nos odian por envidia. Considera que tales ilusiones contribuyen a la fosilización de las ideas (93).

La tradición ha dejado ya de valorarse sobre el progreso en el pensamiento barojiano. Si bien César valora a aquélla porque crea la espiritualidad característica de los países viejos, reconoce que es fatal para la industria y la vida moderna. Lo que importa, en definitiva, es la ciencia. El final de *César o nada* es amargo porque el pueblo de Castro Duro abandona sus pretensiones de modernización y continúa viviendo con sus tradiciones. Esta amargura del final surge, pues, de razones opuestas a las que hacen melancólico el de *La casa de Aizgorri*.

En definitiva, que entre 1905 y 1914, Baroja se va abriendo al europeísmo, la ciencia y la civilización material, siendo su evolución, en este sentido, contraria a la de Unamuno; conecta más con la de Maeztu en lo que se refiere al europeísmo y con la de *Azorín* a partir de 1912.

5. A. MACHADO

Tiene dieciocho años cuando, en 1893, comienza a escribir en "La Caricatura". Entre esa fecha y la de 1898 acude con su hermano Manuel a tertulias y ambos frecuentan la Biblioteca Nacional.

(92) O.C. II. pp. 660-61.

(93) O.C. II. p. 450.

En 1907 se abre su etapa soriana y allí nace el Antonio Machado que ha perdurado. En 1912 marcha a Baeza, donde continúa en 1914.

Puede decirse que no hay en él un pensamiento europeísta sostenido, pero sí hace algunas alusiones indirectas que nos dan pistas acerca de cómo veía el impulso hacia el exterior.

En un discurso que pronunció en homenaje a su compañero de claustro en el instituto soriano, Pérez de la Mata (94), incluye, entre los síntomas tristes del panorama nacional, que se transija con ideales que no son nuestros.

Más europeísta lo encontramos en 1913. En el artículo *Sobre pedagogía* da por supuesto que hay que europeizar a España y ve en la Junta de Ampliación de Estudios la plasmación de esa necesidad, pero cree que hay que completar esa labor con el estudio del alma popular:

"A esa labor de europeizar a España, tan insistentemente aconsejada por el egregio Costa, y que hoy tiene una expresión práctica en la Junta de Ampliación de Estudios, hemos de darle su necesario complemento con esta labor, no menos fecunda, de los investigadores del alma popular" (95).

Para el poeta, la europeización no tiene nada que ver con el progreso material; significa, sobre todo, la ciencia, la investigación y la cultura.

Queda claro que, los años que transcurren entre el "Desastre" y la "Gran Guerra", estos cinco hombres a quienes muchos han llamado "escritores del noventa y ocho", no tienen una postura común ante los mitos contemporáneos de Europa y el Progreso.

El europeísta más convencido es, sin duda, Ramiro de Maeztu, que sostiene la misma actitud durante todos esos años, aunque ello no reste nada a un españolismo intensamente sentido y vivido. Pero su europeísmo cambia de matiz con los años y pasa del progresismo material a la convicción de que es la ciencia lo que de verdad debe interesar a los españoles de Europa.

(94) Vid: CARPINTERO, Heliodoro: *Un texto olvidado. Discurso de Antonio Machado en el homenaje a Pérez de la Mata*. Revista "La Torre", núms. 45-46. Universidad de Puerto Rico. Año XII, 1964.

(95) Lo recoge GOMEZ MOLLEDA, Dolores: *Guerra de ideas y lucha social en Machado*. Madrid, 1977. p. 122.

Miguel de Unamuno deja de ser europeísta y progresista a raíz del noventa y ocho y se radicaliza cada vez más en el desvío de esos conceptos —con algún retroceso— a la par que acrecienta su españolismo, incompatible con lo europeo y lo moderno a su entender.

Más fluctuante es la actitud de *Azorín*, que deja el europeísmo en 1908, para volver cuatro años más tarde a reconciliarse con él.

La evolución de Baroja es exactamente contraria a la de Unamuno: cada vez va siendo más convencido europeísta pero, como Maeztu, al final considera que lo que merece la pena de Europa es la ciencia.

Finalmente, Antonio Machado parece convertirse en europeizante a partir de 1939.

Todo esto pone en evidencia un notable dinamismo en sus pensamientos durante diecisiete años. Es común a todos su preocupación por el problema de España y también su mirada a Europa por si allí se pudiera encontrar soluciones; pero divergen entre sí y consigo mismo a lo largo del período en sostener que aquéllas se encuentren fuera.

MANUEL SANCHEZ MANTERO